

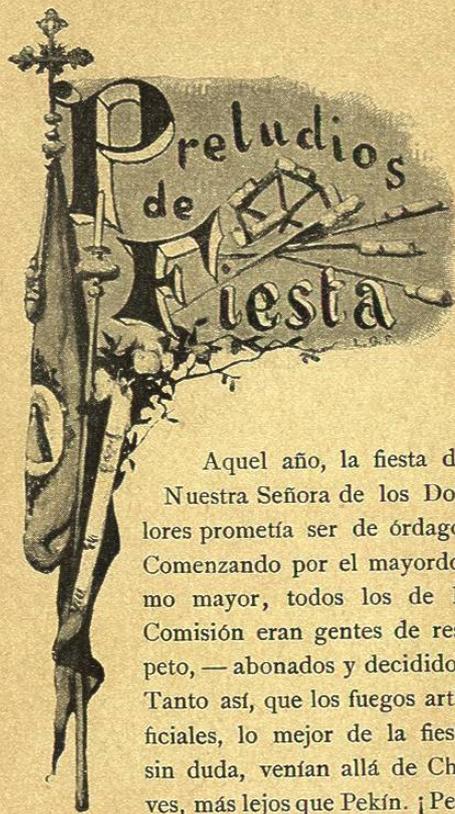
* * *

...¡Elena, mi buena amiga! Acabo de llegar al fin del viaje que emprendí aquel día. Ya no he de volver más á clase. Vengo hoy á restituirte, querida amiga, aquel beso — ¡dulcísimo beso! — que entonces me diste. Y al cabo, no fué cura, ¿ves?... Mucho mejor. ¡Si lo fuese, creo que parecería mal besarte, mi buena y santa amiga! Pues más vale que no sea cura, más vale... ¿No es verdad, Elena?

En Coimbra
el día de mi licenciatura.



Preludios de fiesta



Aquel año, la fiesta de Nuestra Señora de los Dolores prometía ser de órdago. Comenzando por el mayordomo mayor, todos los de la Comisión eran gentes de respeto, — abonados y decididos. Tanto así, que los fuegos artificiales, lo mejor de la fiesta sin duda, venían allá de Chaves, más lejos que Pekín. ¡Pero habían de ser cosa buena, ni más ni menos! Se había recomendado á mi hombre que trajese algo que representara

una cigüeña. El cohetero respondió que sí, y aun daba á entender que llevaría otros animalejos, toda un arca de Noé, tal vez un mono, si tuviese tiempo para terminarlo.

—¡Guapo hombre! dijo á guisa de resumen el mayordomo, cuando acabó de leer la carta. Y corrió á esparcir la noticia, orgulloso de que, «en su año,» la *cosa* fuese de rumbo! Era cuestión de pique. El año anterior, José de Loja, que había sido mayordomo, se alabó de sus fuegos, sólo porque trajo una pieza que era un castillo que soltaba truenos, así: ¡Pif! ¡Pum!

—¡Ahora verás cómo te compongo yo!...—murmuró para sus adentros Antonio Fagote. Y sonreía satisfecho, figurándose ya cómo, en la noche de la alborada, todo el pueblo lo aclamaría, dándole vivas por los fuegos que trajera. Esparcióse la nueva. Una hora después, nadie hablaba en el pueblo de otra cosa.

—¿Ya sabe usted lo que hay?

—Lo sé. La cigüeña.

—La cigüeña y, además, un caballo, un becerro.

—Lo que yo tengo ganas de ver es el camello. Feo bicho, ¿usted vió alguno?

—Pintado. En el *Monteverde*, si no me equivoco... Al principio del *Valiente Rey Arauco Fiel*.

Equivocábase.

El escribano de actuaciones, que era muy bromista, encontróse en la calle con Alves, el fiel contraste.

—Por fin, amigo Alves, por fin voy á tener el gusto de verlo á usted arder.

El otro no entendió. «Explíquese...»

—Un oso; en el castillo se quemará un oso.

—Entonces ardemos los dos,—replicó amoscado Alves.—También se quemará un burro.

En un dos por tres, Antonio Fagote se vió con la casa llena de gente. Quien no iba, enviaba recado: todos querían saber si traerían el animalejo de su predilección.

Mi hombre empezaba á enfadarse.

Llegó incluso á mandar que se cerrase la puerta por dentro.

—Poner la tranca, si es preciso.

Pero del lado de la calle, gritaban:

—¡ Señor Antonio!

Y resonaban en la puerta los alabanzos:

—¡Trás! ¡trás! ¡trás! ¡ Señor Antonio!

—¡Caramba! El diablo cargue con él, —contestaba allá dentro mi hombre, furioso.

—Haga usted el favor. Sólo dos palabras.

Asomábase entonces á la ventana Antonio Fagote, con las antiparras en la punta de la nariz y la carta del cohetero en la mano:

—¿El camello?—preguntaba enfadado.

—¿El oso? ¡ Ustedes sí que son camellos! Lo que el hombre dice es esto.

Y lefa la carta, terminando así:

—Una cigüeña, otros animalitos quién sabe cuáles, y tal vez el mono, si hubiese tiempo para terminarlo. Y ahora, ¿están ustedes enterados?...—Quitábase los espejuelos y se retiraba, ganoso de zurrar á todo el mundo.—¡ Voto va!

Allá, para sus adentros, pensaba que hubiese convenido más guardar el secre-

to! ¡ Buen tonto había sido!... Ahora, cada cual se daba á inventar animales, y todos no podían venir. ¡ Claro! Y no viniendo todos, ya tienen ustedes á muchos vecinos descontentos. Y habiendo descontentos, quien salía ganando era José de Loja.

—¡ Ya la tenemos armada!—decíase afligido el señor Fagote, amedrentado con aquel espectro de José de Loja, ¡ su rival! Para mayor tormento, había llegado ya á sus oídos que el otro auguraba mal del asunto...

—¡Fanfarronadas!—había dicho José de Loja.—¡ Fanfarronadas!

—Pues si me lo dice en la cara, lo reviento, —vociferó Fagote cuando tal supo.

Y lo reventaba, de fijo, porque Fagote era hombre para eso; tenía puños. Desde rapaz rodeaba su nombre una leyenda de valentía: contábanse de él proezas, á partir de cierta vez que desbarató una feria por causa de elecciones. Aparte de esto, ¡gran ojo para la escopeta! En una ocasión en que hubo que perseguir ladrones, se portó como un león; él fué quien dió

el alto al jefe de la cuadrilla. ¿Y cómo lo dió? La frase se hizo célebre:

— Te como el alma, si te mueves!

Y el otro no se movió, ¡porque le comía el alma, de fijo! — comentaba la gente, convencida.

Como ésta, otras muchas. Y tal vez por



tales proezas, adquirió su figura, en la vejez, el aspecto rígido que tenía. Frisaba en los sesenta años, y todavía impresionaba su actitud viril. No era grueso, pero sí sanguíneo, de tez morena, cara rapada, ojos pequeños y una anchura de hombros que constituía el principal indicio de fuerza. El pescuezo corto. Al saltar, cuando cerraba los puños y arremetía con ímpetu, conocíasele la fortaleza de los músculos en aquel movimiento enérgico.

— ¡Guarda, que es de hierro! — decían los rapaces.

Pero con esto y todo, buen hombre, de una gran franqueza en los modales, simple y afable. Para que perdiese los estribos era preciso pincharle mucho. Y una vez, siendo juez ordinario, tanto le picó un testigo en juicio, que bajó del estrado, fuese para él y le rompió la cara. Por eso hablaba en serio cuando prometía reventar á José de Loja. La mujer intervino, pacificadora.

«Que no hiciese caso de habladurías. Deja á ese hombre, que no es tan malo como lo pintan.»

—Vamos, mujer, chito el pico y no defiendas á ese vejancón,—replicó Fagote. De lo que él es capaz ya lo sé yo.

Pero entonces, de todas las bellaquerías de José de Loja, sólo recordaba una: ¡haber sido mayordomo en el año último!

Esto parecíale como efecto de una bellaquería cometida contra él, que era mayordomo ogaño.

—¿Qué te figuras?—decíale á su mujer.

— Quien me trajo la fiesta á casa fué él.

Él quien se cuidó de escogerme, como quien dice: te entrego la vara, ahora veremos cómo te las compones...

—En nombre del Padre, del Hijo...— Su mujer se hacía cruces «de las ideas de su Antonio.»

—¡Sean ideas ó no sean! — afirmó Fagote.— Ello fué como lo digo, así Dios me salve.

—¿Pero quién te lo dijo, hombre, quién te lo dijo?

—¿Quién me lo dijo? ¡Otra que tal! — y mostrando el dedo meñique de la mano derecha: — Fué este dedito. No falla.

Y entonces se desahogó: «que no se figurase José de Loja que lo iba á poner en un apuro. ¡Apuros á él! La fiesta se haría, y fiesta de rumbo; no por cierto como la de él, que sólo llevaba seis ángeles y no sé cuántas andas, ¡creo que media docena!»

—¡Vaya, mujer, para que sepas hasta dónde llega el valor de un hombre! ¡Caramba! Si fuese preciso, ¿oyes? si fuese preciso, hasta vendería la camisa. ¡Ni treinta faroles como el farol de José de Loja podían con él! Y asestaba los

coléricos ojos sobre la mujer, que remendaba unos sacos, compungida de ver en estado tal á su Antonio.

Comenzó entonces á dictar de nuevo órdenes y recomendaciones, que la mujer estaba ya harta de oír. «Pero las cosas se piensan despacio, y no á la hora crítica.»

—Si no hay por aquí lechones, envía á Miguel á los pueblos cercanos para que los busque. Han de ser de siete semanas, tres por lo menos.

La mujer repuso: «con dos había bastante...»

—¿Ya empezamos? — Y púsose á silbar y á golpear con el pie en el suelo, enfadado.— ¡Tres han de ser! No quiero dos, porque dos tenía el *otro*, el año pasado.

A este argumento, la mujer calló. Antonio Fagote gustó de este silencio, que lo lisonjeaba en sus despechos contra el *otro*.

—Ahora no gruñes...— insistió, risueño.— Así me gustas. Señal de que tienes vergüenza. La *otra* tampoco es más que tú.

La *otra* era la mujer de José de Loja, por supuesto.

—Ni más ni tanto,—enmendó Luisa Fagote picada.

—Eso mismo,—afirmó el mayordomo de la fiesta.—No me acordaba de que antes de casarse...

—Pues mira que después de casada... —intimó la señora Luisa, levantando la cabeza y enhebrando la aguja. Más vale callar.

Damos por supuesto que calló, efectivamente. La verdad es que no calló. Pero en este punto conviene omitir el resto del diálogo, incluso porque, después de todo, ni ustedes ni yo queremos mal á la mujer de José de Loja. Ha de perdonarme Antonio Fagote, pero en esto no le doy por el gusto. ¡El pudor sobre todo! Y además, él bien sabe que soy conocido de la mujer en cuestión. Adelante. Baste decir que por una asociación lógica de ideas, la conversación vino á parar en terneras...

—Es preciso pensar cómo ha de ser eso de la ternera,—dijo Antonio Fagote.

—Sin ternera, nada puede hacerse. Una pierna siempre se gastará.

Acordaron hablar con tiempo á Manuel Cortador, y dejar resuelto este punto. Para mayor fuerza, sabíase que el predicador se despepitaba por un buen pedazo de ternera asada.

—El predicador sí que se lleva á la gente de calle,—observó la señora Luisa.—Para un párrafo de sentimiento, no hay nadie como él. Cuando vino en las misiones, ¡qué de cosas decía desde el púlpito! ¡Lo que es el saber!



—¡A mí se me debe el que venga! —dijo orgulloso Fagote.—Mi hombre no quería venir, disculpábase con su mal estado de salud: que tenía que ir á unos baños, y que catorce leguas á caballo, con estos calores, eran para acabar con él.

— ¡Apenas si acudirá gente! ¡En sabiendo que es el misionero!...

En esto iban, cuando llamaron á la puerta. Fagote se asomó por la ventana.

— Bien, muchas gracias. Es la señora maestra. Estimando, estimando.

Era la criada de la maestra pública. Abrieron.

— La señora maestra, envía muchas expresiones; que cómo sigue la señora Luisa y esta cartita para el señor Antonio.

Entraron todos en la sala. Como ya era tarde, Antonio Fagote salió á encender una luz.

«Que hablasen mientras él iba á ver si tenía contestación.»

— Mucho calor hace,—comenzó á decir la señora Luisa.

— Sobre todo, en casa de la señora maestra, que es un puro horno,—añadió la criada.

Y antes de que se enredase la conversación, advirtió á la señora Luisa, al oído, que le quería decir una palabrita.

Trasladáronse á una galería que había en la parte de atrás de la casa. Iba cayendo la tarde, en una suave calma. Sen-

táronse una junto á otra, con gran familiaridad.

— Aquí se está muy bien,—exclamó satisfecha la señora Luisa.

— Cierto. Y además, hay muy bonitas vistas. Pero lo que yo quería era pedirle un favor,—dijo confusa la criada.

— Si está en mi mano...

La otra empezó: «La señora Luisa estaría enterada de lo que se decía de ella con el criado del inglés. Seguramente que estaba enterada. Pues era mentira. Jurábale por lo más sagrado, que era una completa mentira.»—Estamos para casarnos, eso es lo que hay! «Él había ya pedido á su tierra los papeles, que no podían tardar.»—No hay qué decir que le tengo cariño al muchacho...

— Estuvo enfermo una temporada,—interrumpió la señora Luisa, por decir algo.

— Cierto. Unas cuartanas que lo iban consumiendo. Pero á eso voy.

— Que tome limón ágrido,—aconsejó la señora Luisa.— Es milagroso para las cuartanas. No se aflija usted, que eso no será nada.